



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XVII
Núm. 96

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

JULIO
1928

Impresiones.

QUEREMOS dedicar parte del presente número de nuestra Revista a conmemorar algunos importantes acontecimientos que han llenado de inefables consuelos nuestra alma y son, en la Historia Religiosa de nuestro pueblo, a manera de blancos mojones que marcan una ruta de inmortales destinos—*albo notanda lapillo.*

La llegada del Ilmo. Sr. Obispo Coadjutor.

Día 25 de Junio fué día de gloria para Ciudadela. Todo el pueblo, un alma; todos los hijos de esta Ciudad, un corazón; corazón y alma que latían y vivían por ver de cerca la amable figura del nuevo Pastor y besar, estampando en cada beso intensidades de cariño, el Anillo Episcopal del Sr. Obispo de Querso-

neso, Coadjutor, con derecho de futura sucesión, del de Menorca.

Y, a fe, que no quedamos defraudados en nuestras esperanzas y fundadísimos augurios. Humilde, con humildad de santo, ejemplar y dulce el semblante aparecía sobre el puente del vapor «Ciudadela» el Prelado y daba su primera Bendición a todo el pueblo, congregado para recibirla y aplaudirle con visibles muestras de afecto. El trayecto desde el muelle hasta la puerta mayor de nuestra Catedral, un triunfo. La diestra del Prelado no cesaba de bendecir a todos, con afectuosa, amplia y sentida bendición.

En la Catedral.

Apoteósica. El Ilmo. Cabildo esperaba, con el Rdo. Clero, al Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, quién se dirigió después de adorar la Vera Cruz, a la Capilla del Santí-

simo Sacramento, profusamente iluminada. Y por la *Via sacra*, fué el queridísimo Prelado al Altar Mayor. Ascua de oro y luz era nuestro primer templo diocesano, pulcro y limpio como copa de cristal, rebosante de fieles, lleno del místico encanto que le presta el Altar Mayor con aquella Imagen de la Purificación de María que a la luz que la circunda semeja volar con el Niño en brazos, a regiones de excelsitud, y, en aquellos momentos, parecía salir de su hornacina, para dar la bienvenida y prodigar los consuelos de un abrazo, al nuevo Obispo, entonces llegado a Ciudadela.

¡Oh! ¡Cómo resonaban, dulcísimas, a nuestra alma, las palabras de la *Salve*, cantada solemnísimamente en aquellos instantes de emoción imborrable! ¡Cómo, sin querer, nuestro espíritu se trasladaba al rico Camarín de Monte-Toro, para pedir a la Virgen Santísima, nuestra Patrona allí invocada con tan simpático título, bendijese, protegiese y amparase al Pastor que la Providencia nos enviaba y se presentaba ante nuestros ojos, tan modesto, ejemplar y lleno de simpatías! *Illos tuos misericordes oculos*—aquellos tus ojos misericordiosos, vuélvelos, Señora, con amor, a nuestro Padre en Cristo, y concédele la gracia de que después de ser Báculo amoroso del amadísimo e inolvidable Pastor que ha sido Restaurador insigne y generoso de tu Camarín y Santuario, el actual Sr. Obispo de Menorca, sea también El el experto Guía y Maestro que rija

nuestras almas por los senderos de la Vida y de la Santidad.

El Ilmo. Obispo Coadjutor.

Su alma de Apóstol quedó reflejada en las hermosas frases de saludo y agradecimiento, que después de habernos bendecido, pronunció el amado Sr. Obispo Coadjutor. Ofrenda de cuanto es y vale, de salud y vida ante el altar, en bien de su grey, sin temor a fatigas ni a cansancios, y eso no por la grey sola, sino por cada una de las ovejas al Pastor confiadas formará;—nos dijo,—el programa de su Pontificado y será la norma de su vida Episcopal.

Obispo bueno,—porque bueno es el que da la vida por sus hermanos,—ganóse desde el primer momento, el afecto de estos sus hijos, quienes no pudiendo contenerse prorrumpieron en resonantes aplausos, aún dentro de la Catedral, para no cesar hasta que el Sr. Obispo llegó a su hospedaje.

La primera visita al Sr. Obispo Torres Ribas.

Osculo de paz fué aquella cordial entrevista de los dos Prelados. Almas que se funden al calor de un mismo abrazo y gozan las misteriosas corrientes de idénticos sentimientos ¡Providencial abrazo! ¡Dos hijos de Ibiza, la Isla hermana y muy querida, elevados los dos al alto rango de Obispos, uno anciano, otro joven, uno después de más de 25 años de ministerio Pastoral, el otro recién consagrado, abrazándose afectuosamente y reconociéndose deudores de todos sus afanes, esfuerzos y anhelos, a Menorca

la grey que Cristo les ha confiado! Aquel abrazo, prodigado después, amabilísimamente por el Obispo Cardona a todos los Capitulares allí presentes, formará época en nuestra historia, porque nunca habiase visto a dos Obispos, *los dos nuestros*, en aquel memorable salón del Trono, ilustrado con la presencia y el recuerdo de muy gloriosos Príncipes de la Iglesia!

Jornada liena y magnífica fué la de aquel día incomparable: el día de la llegada oficial del queridísimo Sr. Obispo, Ilmo. y Reverendísimo Cardona, a la Capital Diocesana.

Otra Fiesta Magna.

La del Apostolado; que es en Ciudadela la Fiesta de la Realeza del Corazón de Jesús. Momentos de emoción fueron los de la Misa de Comunión, la Misa Mayor y la gran Procesión de la tarde. Ciudadela toda se asoció a la Fiesta que en el presente año, fué a ojos vista, extraordinaria. Paecenos insertar algunos párrafos de la interesante y muy amena Revista «El Propagador Ciudadelano» publicada por el Centro local del Apostolado Dice así:

“La Comunión. Cifras consoladoras.

Había que ver aquel hormigueo de cabezas, aquella compacta multitud que se apretujaba en la espaciosa iglesia de San Agustín, aún antes de empezar la Misa de comunión. Todo auguraba una comunión extra.

El Ilmo. Sr. Obispo Coadjutor, que desde las primeras horas de la mañana, había permanecido en la iglesia oyendo confesiones,

subió al altar mayor y revestido de ricos ornamentos, empezó la Santa Misa ante una multitud enorme, que llenaba iglesia, capilla, crucero, trasaltar, y sacristía. El Sr. Obispo fué ayudado en la repartición de la Sagrada Comunión por dos Sres. Capitulares, el M. I. Dr. D. José Tudurí, Canónigo Lectoral de ésta, y el M. I. D. Rafael Juan Escandell, Canónigo de Ibiza; y aún así, la comunión se fué prolongando por espacio de más de una hora. Hecho el recuento exacto, se halló que se habían distribuido en aquella sola Misa, *1.300 comuniones*. En San Agustín, durante aquella mañana se distribuyeron otras muchísimas; casi dos mil en aquel día y en aquella iglesia. Y en la Catedral, Parroquias, Salesianos, etc., casi otro milhar. Bendito sea Dios.

La Misa Mayor. Un llenazo.

Como por ensalmo llenóse muy pronto la iglesia de San Agustín, con un llenazo tan insólito, que seguramente pasarían de mil quinientos los asistentes.

El Sr. Obispo revistióse los ricos ornamentos, regalo de la testamentaria del inolvidable señor D. José Roca, Pbro., q. e. p. d., con la preciosa Mitra, anillo y pectoral que regalaron a S. S. Ilustrísima sus compaisanos, y dió comienzo la Misa, que celebró el M. I. Sr. Arcipreste doctor D. Sebastián Juan, Director diocesano del Apostolado.

Aquella Misa será de recuerdo imborrable. El presbiterio de San Agustín presentaba magestuoso aspecto, abrigado por la asistencia Pontifical del Preia-

do con los Sres. Capitulares asistentes, Sr. Celebrante y Ministros. La Capilla de música de la Catedral interpretó, con gran ajuste, una Misa del Mtro. H. Es-lava. La iluminación y adorno del templo, espléndidos. Los aromas del incienso se confundían con el olor a mirto que alfombraba el templo.

La Procesión.

Tan hermosas funciones debían tener un broche de oro. La grandiosa procesión. Esta fué imponente, la más numerosa que aquí se ha realizado. Concurrieron *mil cuatrocientas cuarenti-cuatro personas*. ¡Qué hermosa manifestación de la fe, de la piedad de un pueblo!

Las personas más distinguidas de Ciudadela por su posición social, o por su representación, se honraron en formar en las filas de este homenaje al Corazón de Jesús, en el cual se juntaban hombres, mujeres, jóvenes, niños de todas condiciones sociales, desde la más humilde hasta la más encumbrada. Esta sí que es verdadera fraternidad cristiana. Ante este espectáculo, motivos tenían de alegría los ángeles, de satisfacción los hombres de buena voluntad, y de sonrojo los retraídos.

La Capilla de música alternaba con el clero en el canto de himnos. Los seminaristas de esta ciudad, el Rdo. Clero parroquial y Catedral, algunos Sres. Sacerdotes del interior de la Isla, el Ilmo. Cabildo en masa acompañaban con velas encendidas al Santísimo Sacramento, que era llevado en rica Custodia por el

Ilmo. Sr. Obispo de Quersoneso D. Antonio Cardona, quien oficiaba de Pontifical. Daba escolta de honor a S. D. M. un piquete del cuerpo de Carabineros que vestían de gala. Seguían al Pálio, Ministro de Mitra, Capellán del Sr. Obispo, P. Jesuita Manuel Sauras, Servidores del Prelado, Autoridades, Sr. Ayudante de Marina y Capitán del Puerto, señor Teniente de las Fuerzas de Carabineros, ambos de uniforme, Sr. Juez Municipal de esta ciudad, Excmo. Ayuntamiento, bajo mazas y presidido por el digno Sr. Alcalde, con numerosa asistencia de Sres. Concejales, todos con blandones encendidos, y cerraba el cortejo la Banda de música Salesiana que bajo la experta dirección de D. Francisco Pujolar, ejecutó hermosas piezas de su repertorio.

Las calles todas del tránsito estaban alfombradas de verde arrayán y flores naturales con notable profusión. Las paradas en Santa Clara y en la casa del señor de Squella, hermosas como siempre. La del paseo del Borne, insuperable. Allí junto al obelisco estaba congregada toda Ciudadela. Allí la Capilla de música que con tanto acierto dirige el Rdo. D. José Sintés, Pbro., dejó oír el incomparable himno eucarístico y se excedió a sí misma en el gran concertante de la estrofa, del que no se perdió ni una nota. Tal era el respetuoso silencio de la multitud allí reunida. Cuando el Sr. Obispo Coadjutor dió la bendición con S. D. M., batieron Marcha real todas las músicas, hendieron los aires los

ecos festivos de todas las campañas de la ciudad, y los asistentes se postraron humildes y reverentes... He ahí, nos decíamos, la más gloriosa Epifanía, la más espontánea aclamación, la más completa apoteosis del Corazón Eucarístico de Jesús. Desde la plaza del Borne dirigióse la comitiva a la iglesia de San Agustín en medio del mayor orden, sin que el aire apagase ni uno sólo de los mil y tantos cirios, sin que el menor incidente viniese a turbar el concierto de aquella manifestación sin par. Porque, eso sí, debemos hacer constar, que la nota saliente fué el admirable orden con que se desenvolvió, continuó y terminó la procesión más numerosa aquí habida.

Así como todo olía a incienso en aquella tarde, y todo respiraba devoción y fiesta y amor y alegría, todo estaba envuelto en adoraciones y en explosiones de

entusiasmo, que tuvieron espléndido remate en la última bendición dada por el Ilmo. Sr. Obispo en la puerta mayor de la iglesia y en el altar mayor convertido en áscua de luces, al acorde de los últimos cantos y de las últimas notas de la marcha real.

Para asistir a la fiesta del Apostolado vinieron vecinos de Mahón, Alayor, Villa Carlos (con nutrida representación de su Centro del Apostolado) San Cristóbal y Ferrerías, y a varios de ellos les oímos decir, que marchaban entusiasmados, que no habían visto nada igual en su vida.»

Tal fué en síntesis la gran Fiesta en la que se vió, una vez más, patente la mano del Corazón dulcísimo de Jesús, Rey y Centro de todos los corazones, el cual quiere, a todo trance, reinar en Ciudadela su Ciudad predilecta.

EL LECTORAL DE MENORCA.

LA INMORTALIDAD

Al M. I. Sr. Dr. D. José Tudurí,
con afecto respetuoso.

Te siento en el pecho,
te siento en el alma,
te siento en mi vida
que sostienes con una palabra.

Te siento en el pecho,
te siento en el alma,
y en mis horas de lucha me besas,
y en mis horas de paz y de calma
misteriosa circundas mi frente
de eterna guirnalda.

En la aurora feliz de mi vida
no sentí tu potente llamada,
esa voz misteriosa que dice:

«¡Levántate y anda!»...

La risa del niño
que nunca se acaba
le venda los ojos

y le ofusca la dulce mirada;
y no puede saber lo que tiene—
esa dicha que pronto se pasa—;
y no puede saber lo que vales
porque nunca su anhelo descansa...
Mas el hombre curtido en los años,
que ha librado las duras batallas

que presenta la lid de la vida;
 que ha vertido una a una sus lágrimas,
 y ha dejado pedazos del pecho
 del camino espinoso en las zarzas,
 y ha subido sin queja la cuesta
 que el deber inflexible levanta;
 el mortal que ha mirado que todo
 en el mundo es dolor y mudanza,
 suspira una vida.

de dicha y de calma,
 una vida alfombrada de rosas,
 una vida que nunca se acaba.

Este andar tan veloz de los años
 de nuestra jornada,
 esta vida nuestra
 que tan pronto, tan pronto se pasa,
 nos enseña a mirar lo que vales,
 Existencia que nunca te acabas.

Y en la edad madura
 y en la edad cansada,
 cuando el cuerpo hacia el polvo se in-
 clina,
 cuando el alma hacia Dios se levanta,
 cuando vemos sembrado el camino
 de sangre y de lágrimas,
 un grito divino

resuena en el alma,
 una voz misteriosa que dice:

«¡Levántate y anda!
 con mi soplo te dí la existencia
 para no volver más a la nada.»

Permite que el labio
 que reza y te canta
 a tus pies inmortales se llegue
 a beber de tu fuente inexhausta;
 porque dentro el pecho,
 porque dentro mi alma,
 siento que sostienes
 mi existencia con una palabra;
 y en mis horas de lucha me besas,
 y en mis horas de paz y de calma
 eres tú la ambición de mi vida,
 mi consuelo, mi paz, mi esperanza.

Que resuene una vez en mi pecho
 tu potente y divina palabra,
 que sacude las fibras más hondas,
 con tu eterna amorosa llamada;
 esa voz misteriosa que dice:

«¡Levántate y anda!»

A. BOSCH Y ANGLADA.

Ciudadela julio de 1928.



dadela entera, que la costeó en una época poco desahogada, circunstancias éstas que aquilatan el amor de unos y otra al Santísimo Cristo.

El gremio tuvo el feliz acierto de emplazarla en uno de los

Cofradía del Santo Cristo.

Antes que en la traslación de la sagrada imagen a la iglesia que acaba de levantarse para ella, hubo que pensar en la manera de atender a la provisión de altares, ornamentos y demás accesorios, como también al cuidado del templo y mantenimiento del culto. Para uno y otro fin se organizó, luego de concluido el edificio, la Obrería del Santo Cristo, constituyéndola un mayordomo eclesiástico, nombrado por el vicario general para durante su beneplácito, y dos mayordomos cardadores, llamados, el uno, mayor, y el otro, menor, elegidos anualmente por el gremio. Estos últimos eran los colectores y administradores de la Obrería; para los gastos extraordinarios, necesitaban la previa autorización del vicario general y del gremio, y sometían a la revisión de éstos sus cuentas, al terminar la anualidad de su actuación. La custodia y cuidado del templo, y de lo concerniente al mismo, corría a cargo de dicho mayordomo menor, o de algún otro maestro cardador, como sucedía en algunas ocasiones, pero siempre bajo la vigilancia y dependencia del mayordomo eclesiástico.

Primeros obreros.

Casi no hay noticia de los pri-

sitios más indicados para ser visitada, por lo mismo que reúne las condiciones de ser sumamente céntrico, de tránsito cotidiano de una crecida parte de este vecindario, y relativamente silencioso y recogido.

A los tres mayordomos referidos se les denominaba *Obreros* o *Caixers del Sant Cristo*.

Había, además, por lo menos en los años de 1721 a 1802, dos *caixers* payeses, que oportunamente recorrían los predios de este término, como encargados de las cuestaciones rurales.

Los ingresos que hubiesen sobrado a los mayordomos cardadores al terminar el año, los guardaba un depositario, que no siempre era uno de los cardadores, como acontecía en los años de 1800 a 1816, en que el depositario era el canónigo arcipreste, Dr. D. Antonio Pons, a quien los gremios, y el pueblo entero, tenían en muy alta consideración y aprecio.

La Obrería del Santo Cristo, que acabo de referir, no tardó en cambiar su denominación. Al cabo de medio siglo de haberse organizado, tomó el nombre de Cofradía del Santo Cristo, pero sin introducir, con ello, alteración alguna en su finalidad, constitución y modo de ser. Con dichas denominaciones sucesivas de Obrería y Cofradía, existió por espacio de 163 años, en la forma susodicha.

meros eclesiásticos que integra-

ron la Obrería del Santo Cristo. Uno de ellos fué el Rdo. Dr. Pedro Jerónimo, Pbro., quien ocupaba el cargo de obrero en 1695.

Los primeros obreros cardadores son más conocidos. En 1669 lo eran los maestros Francisco Valls y Pedro Ventayol, a

Ingresos.

De las varias fuentes que nutrían la Obrería, sólo he de citar, en este lugar, las cuestaciones anuales de quesos y trigo, que empezaron en 1662, y quedaron suprimidas en 1840; y la recaudación de lana y crías de las ovejas propias de la Obrería, que ésta tenía colocadas en diferentes predios de este término, no pasando comúnmente de una, las distribuidas en cada uno de ellos (1). No hacía más que

(1) Sólo la leche que rendían dichas ovejas era para los propietarios y colonos de los predios mentados, como sucede todavía con las ovejas del Hospital y las de San Diego, existentes aún en algunos predios. El producto de las crías y lana de estas últimas se invierte en cultos en honor del mismo santo, y en la rpartición de panecillos bendecidos el día de su fiesta; y el de las crías y lana de las penúltimas se destinó a la Inclusa de esta ciudad, hasta que la Diputación provincial suprimió dicha Inclusa en 24 de junio de 1904.

Altars primitivos.

Las dos capillas laterales que integran la iglesia, denotan que el plan del gremio fué que en ésta hubiese tres altares; y cuáles tenían que ser éstos, ya lo había dejado entrever el mismo

quienes siguieron, en 1670, los maestros Alonso Medina y Lorenzo Sintas, en 1661, Pedro Casellas y Juan José Oliver, en 1672, Atanasio Cardó y Francisco Valls, en 1675, Francisco Valls y Mateo Pons, y en 1676, Francisco Calafell y Pedro Sureda.

trece años que la iglesia estaba edificada, cuando los Mag.^{cos} Jurales generales de la Isla concedieron a los Obreros del Santo Cristo, en 2 de julio de 1680, el uso de señal propia para su ganado (1), el cual parece que estaría siempre reducido a las ovejas mentadas, y que éstas habrían desaparecido ya a la entrada del siglo XIX.

Por los años de 1739, había una renta de 4 libras anuales, establecida sobre «Parella», «Parelleta» y otras fincas menores. Uno de los cinco partícipes que la percibían por turno era la iglesia del Santo Cristo, con la obligación de ser invertida en adornos y otras atenciones de ésta, al corresponderle dicho turno. Al parecer, dicha renta no tardaría en perderse.

(1) Era dicha señal, «osca devant a la orella dreta y guinxa darrera a la matexa, y fesa a la orella esquerra.»

gremio, al manifestar al vicario general, cuando el sudor, que deseaba edificar, más tarde, un templo en honor y gloria de Ntro. Sr. Jesucristo, de María Santísima y de San Bernardi-